

A favor de la agitación cultural y en recuerdo de Alberto Cardín

David Pérez

El pasado día 26 de Enero de 1992 fallecía en Barcelona víctima del sida el escritor, pensador y antropólogo Alberto Cardín (Villamayor, Asturias, 1948). Desgraciadamente el último contacto que mantuvimos con él fue a través de una ausencia ya que por encargo de José Miguel G. Cortés nos correspondió presentarlo en las Jornadas de Debate que bajo el título de "El tiempo sagrado: La mitificación en el arte contemporáneo" se celebraron en el IVAM durante los días 10 y 11 de Mayo de 1991. Dado que unos días antes del desarrollo de las mencionadas Jornadas tuvimos conocimiento de que Alberto Cardín no asistiría debido a su precario estado de salud, se nos solicitó que nuestras palabras intentaran si no llenar el hueco por él producido, sí al menos paliarlo.

Aunque ha pasado casi un año desde que este texto fue elaborado y pese a que ciertos aspectos que en el mismo aparecen han sido desarrollados en otros escritos nuestros posteriores, consideramos oportuno publicarlo en estos momentos puesto que tanto las ideas en él expresadas, como implícito homenaje que suponen a la obra y a la trayectoria de Alberto Cardín continúan vigentes en la actualidad. Este hecho nos ha motivado a que no hayamos querido introducir modificación alguna en el primitivo texto de nuestra disertación que por lo tanto transcribimos literalmente tal y como fue leída en aquellas fechas.

Pese a que Alberto Cardín - debido a serios motivos de salud - no va a poder estar presente en el desarrollo de estos debates (Debates que, sea dicho de paso, han alcanzado ya su tercera convocatoria gracias al pertinaz empeño y a la encomiable testarudea de J.M. Cortés), pese a ello, pese a la ausencia de Cardín, repetimos, no queríamos dejar pasar esta ocasión sin testimoniar de una manera pública nuestra admiración por la trayectoria intelectual de un autor del que

fundamentalmente siempre nos ha fascinado un hecho por el que, por otra, sentimos una cómplice debilidad.

Nos referimos a la plural evolución seguida por este antropólogo que, asimismo es profesor de la Facultad de B.B.A.A. de Barcelona; una evolución que le ha llevado desde la práctica de la poesía y de la literatura erótica (recordemos títulos como "Despojos" o "Detrás por delante") hasta la investigación en torno al ensayo antropológico, artístico y social (pensemos, en este sentido, - por meros ejemplos - en sus recientes trabajos sobre el SIDA o sobre los movimientos religiosos contemporáneos).

Al respecto, el más que interesante texto que aparece publicado en el libro que se edita con motivo de las Jornadas es una pequeña pero buena prueba de lo que apuntamos. Del mismo no voy a hablar ya que muy próximamente lo podréis hojear. No obstante, si se me permite, desearía realizar sobre el mismo una brevísima puntualización, una puntualización que en verdad es tan sólo una mera recomendación: La de su atenta lectura, una lectura que - os anticipo - resulta conceptualmente tan placentera como necesaria o, si preferís, tan deleitosa como instructiva, ya que a través de la misma Cardín establece una curiosa y pertinente relación entre el comportamiento religioso y lo que podríamos denominar la "neoliturgia del consumo" que domina al arte contemporáneo, una neoliturgia que convierte al "creador" - ese término que tanto desagradaba a Duchamp - en Sumo Sacerdote de una ceremonia que alcanza en la Comunión de Firma uno de sus misterios más insondables.

Sin duda alguna, partiendo de ésta o de una reflexión semejante el propio Cardín habría desarrollado de una manera más convincente y, sobre todo, perspicaz su discurso, un discurso que por lo tanto queda aquí tan sólo esbozado como material de trabajo para una posible discusión posterior.

* * * * *

Con independencia de todos estos hechos, la presentación que tenía pensada realizar en torno al autor de títulos tan sugestivos como "Guerreros, chamanes y travestís" o "Indículo de sombras". ha sufrido - como es lógico suponer - una serie de cambios sustanciales que indirectamente han motivado el sentido que voy a dar a mis palabras. Pese a ello, había en esa posible (y ahora imposible) presentación sobre la que estaba trabajando "algo" que todavía puede ser de gran utilidad a la hora de enfrentarnos a lo que, desde nuestro punto de vista, representa uno de los ejes discursivos fundamentales que vertebran las presentes Jornadas.

Ese "algo" al que aludo es un pequeño texto - casi un textículo - (en concreto un poema) que escrito hace ahora más de diez años por el propio Cardín afecta - creemos que con la plenitud de su texticularidad - a la propuesta que soterrada pero seductoramente late bajo este "tiempo sagrado y mítico" que intenta ser debatido, una propuesta que - no nos engañemos- no es otra (vuelvo a repetir que desde nuestra óptica) que la de la crítica y el cuestionamiento de una Razón tan mayúscula como ciega, y, consiguientemente, del Saber y del Arte (también mayúsculos) que aquella genera y que no son, sino, las diversas facetas cambiantes de un Orden inmutable que es el del propio Poder, ese moderno Leviatán que torpe y eufemísticamente la contemporaneidad esconde asimismo bajo el nombre de Mercado o de Ciencia.

Pero. . . , no adelantemos conclusiones y releamos el poema de Cardín al que con anterioridad me refería.

El mismo se halla recogido en su libro "Despojos" (editado por Pre-Textos a comienzos de la pasada década) y lleva por título un hipotético y subjuntivo deseo: "QUISIERA ". El poema dice así:

" no ser
no saber
no decir
consumirse de repente
sin sorpresa
parecer inconsciente
o despojar la vida
para callar sin tasa"

Junto a este texto (huelga señalar que salvo casos anómalos junto a un textículo siempre hay - como mínimo - otro más), junto a este texto, repito, aparece otro en las páginas finales del citado libro en el que a modo de una reflexión carente de título Cardín escribe:

" Un recuerdo me viene
Un recuerdo que pasa
Un recuerdo, no un cuerpo
Sacude la palabra"

Con la sutil precisión que habitualmente acompaña a la poesía nos precipitamos a través de estos textos en un sendero en el que nada de lo que hemos aprendido nos es de utilidad. Las palabras no necesitan sacudir el cuerpo , es el cuerpo el que tiene que sacudir a las palabras. Parfraseando a Cardín podría señalar que también yo quisiera no ser, y también quisiera no saber y también quisiera no decir.

Sin embargo, por la "neogracia del Estado" y la "tardoiluminación de la Ciencia" desgraciadamente (y muy a pesar mío) yo sé que soy, y yo sé que sé y yo sé que digo.

Y en este sentido, es en el que creo puede resultar fascinante el tema de estas Jornadas. El propio J,M, CORTES señalaba en el folleto de presentación a las mismas: " La aproximación -únicamente-racionalista a los problemas y necesidades del ser humano se ha demostrado parcial, insuficiente e incapaz de dar respuesta al conjunto de necesidades que la sociedad (cada vez con mayor vehemencia) está demandando".

En efecto, añadimos nosotros, la Razón - entendida ésta como Discurso del Orden - no nos vale . Ni tampoco nos vale ningún sustituto a la misma. Por ello las palabras que estoy diciendo no quisiera que fueran tomadas pese a su tono aseverativo como afirmaciones sino tan sólo como meras preguntas, como simples cuestiones, como torpes balbuceos, que desearía que fueran discutidos en algún momento a lo largo de estos días.

Sospecho que el habla contemporánea -pese a todo, el habla que conforma nuestra habla- no sólo articula la voz de un extrañamiento sino también el rumor de un sordo fracaso que no es otro que el de la Razón. Hablo y al hacerlo añoro no tanto la precisión de un lenguaje que se incubaba en el terror del Orden, como el imposible gozo de un transcurso mudo y silente.

Herederos felices del "naufragio de la Esperanza" del romántico Friedrich convivimos no sólo con los despojos translúcidos que recorren las grietas del "Gran Vidrio" de Duchamp, sino también con el silencioso aullido que destilan los 4'33 de Cage. Como caminantes sobre la niebla wittgensteiniana, nos precipitamos en el paisaje del arte dando la espalda a un universo que en el delirio de su sueño lógico provoca monstruos. Finalmente, tras haber pasado "una estación en el infierno" y haber saboreado en él los amargos frutos de las "Flores del mal", abandonamos el ámbito de los "Cantos de Maldoror" y penetramos en la más dulce y cruel de las pesadillas.

Gracias a ello -tal y como fue señalado por Calvo Serraller desde esta misma tribuna-, gracias a ello, repito, hemos aprendido una cosa: no sabemos ya qué es el arte. Por fortuna, respondemos nosotros, tampoco importa mucho hallar una respuesta ya que poseemos demasiadas. Todas ellas útiles, es decir terriblemente inútiles).

En este sentido, podemos señalar que a medida que sabemos el "Saber" ignoramos cada vez más cosas. Anonadados y consumidos, por una parte, por el conocimiento que éste segrega descubrimos, pese a ello - o,tal vez, por ello mismo -, que el discurso que de él emana carece de validez y legitimidad ya que tan sólo se limita a multiplicar de manera indefinida el rostro grotesco de un "Orden" cuya mueca multiforme siempre narra el insensato relato de un idéntico "Decir". Sobrepasados, por otra parte, por la oscuridad de estas noche sin día intuimos que las palabras se hallan agotadas y que el pensamiento permanece exhausto ante la sintaxis de una linealidad que nos aboca el acatamiento y al imperativo silencio de la saturación semántica. El "Arte", concebido como discurso de la "Historia" -de la "Razón"-, no se hace en este sentido, más que reflejar uno de esos

rostros a los que aludíamos. Acaso el más falaz. También el más atrayente.

Sin embargo, en determinadas ocasiones acariciamos la posibilidad de una razón minúscula que supere a la "Razón", es decir, la posibilidad de una habla innombrable que se sitúe -aunque sea por breves instantes- fuera del ámbito todopoderoso de la "Lengua". En dichos momentos en lo que ni el "Tiempo" ni el "Espacio" son tales, sentimos una extraña convulsión que en su propia afasia nos hace recordar -según ya apuntara Kafka - que el suelo sobre el que nos apoyamos "no puede ser más grande que lo que de él cubren nuestros pies"

Estamos, pues, cansados más que de la actividad artística, del "Arte". Por ello -y no se vea una paradoja allá donde no la hay- todavía pensamos, como señalaba a comienzos de este siglo Tristan Tzara, que "nos hacen falta obras fuertes, rectas, precisas e incomprensibles para siempre".

Nos hastían los valores llamados racionales desde el propio "Discurso de la Razón" porque la Razón dominante es la "Razón de la Guerra" y, entiéndasenos bien, la Guerra no es la guerra: la Guerra, como sugería García Calvo, es la cotidianeidad autoritaria de los mass-media, el urbanismo fascista que nos engulle, las míseras relaciones personales que establecemos, la podredumbre de discursos que sufrimos. Cuando el Arte deviene espectáculo del Mercado su discurso revela la propia ficción de su contenido.

Por todo ello, nuestra mirada desea perderse en un espacio en el interior del cual tan sólo el extravío puede actuar como guía y en donde aquello que "Sabemos" lo sabemos innecesario. Intentamos huir, como consecuencia de este hecho, de las palabras que dicen la "Palabra" y de las imágenes que reflejan la "Imagen".

Despojados felizmente de cualquier esperanza transitamos por entre las ruinas de esa desolación que constituye la "Cultura del Orden". Y lo hacemos sin preguntas. Sin respuestas. Sin intención de "Saber". Buscando, en suma, la idiocia. Me deseo, consiguientemente, idiota.

Frente a la pretendida "Inteligencia" del discurso dominante sólo cabe la imbecilidad más absoluta.

Ahora bien, que nadie se lleve a engaño. La idiocia que buscamos carece de palabras y, por tanto, de mercado. Y carece de palabras precisamente porque si la definiéramos -si la acotáramos con el "Nombre del Discurso"- caeríamos en las mismas redes de las que intentamos huir. Antonin Artaud lo supo expresar infinitamente mejor que nosotros cuando escribió en "Para terminar con el juicio de Dios":

"Sé que
el espacio,
el tiempo,
la dimensión,
el devenir,
el futuro,
el porvenir,
el ser,
el no ser,
el yo,
el no yo,
no son nada para mí;

en cambio hay una cosa,
una sola cosa
que debe significar algo,

que significa algo,

y que siento
porque quiere
SALIR: la presencia
de mi dolor de cuerpo
la presencia
amenazadora
infatigable
de mi cuerpo;

aunque me acucien con preguntas,
y yo niegue todas las preguntas,
hay un punto
en el que veo forzado a decir no,
NO a la negación;

y llego a ese punto
cuando me acosan
me abruma
me cuestionan
hasta que se aleja
de mí el alimento
mi alimento y su leche
y ¿cuál es el resultado?

Que me ahoga
no sé si es una acción
pero al acosarme así con preguntas hasta la ausencia
y la nada de la pregunta,
me atormentaron
y sofocaron en mí la idea de cuerpo
y de ser un cuerpo,
entonces sentí lo obsceno
y me tiré un pedo
arbitrario
de vicio
y en rebeldía
por mi asfixia.

Porque hostigaban
hasta mi cuerpo
hasta el cuerpo
y en ese momento
hice estallar todo
porque mi cuerpo
nadie lo manosea."

El arte concebido como producto puede ser manoseado por todo el mundo. El arte, por el contrario, entendido como experiencia convulsa no admite toqueteo alguno. Tan sólo reclama nuestra perdición.

Desgraciadamente estamos bien conformados. La deformidad se torna, pues, anhelo y el abismo, nuestra pasión. La actividad artística y los discursos que en torno a la misma se generan pienso que deben apostar desbocadamente por todo ello.

Ahora bien, y con estas palabras queremos finalizar, siempre reconforta pensar que de aquello en lo que hoy nos afanamos no quedará rastro ni ceniza alguna. Resulta gozoso sentir, por lo tanto, como de nuestras obras y de nuestros pensamientos ni tan siquiera una débil sombra ha de permanecer. El placer que nos recorre al reflexionar sobre estos hechos en modo alguno canta la futilidad de las cosas -viejo engaño del Orden- sino, antes bien, el abandono más dulce y absoluto.

Y no conviene olvidar que el abandono más importante con el que nos encontramos es el de nuestro "yo", primera cárcel de todo entramado social. La Razón, decíamos anteriormente, no nos vale.

La irracionalidad, no obstante, tampoco. Lo que reposa sobre la mesa de este juego es la superación de la dualidad de nuestro pensamiento. Dicho metafóricamente, la posible inexistencia de esa mesa sobre la que el mencionado juego se desenvuelve.

¿Y el arte, entonces?. ¿Donde queda?. El arte queda en la razón revisada, en el suspiro congelado, en la bofetada insonora, en el jardín salvaje, en el canto nocturno de los peces y, fundamentalmente, en aquello que carece de Nombre y de Ley, es decir, en el roce de unos cuerpos que follan hasta la muerte y que, curiosamente, no saben ni que están follando ni que han de morir.

Valgan estas palabras como un pequeño homenaje a Alberto Cardín.

